

LA BIBLIOTECA DE DON LEOPOLDO



LA BIBLIOTECA DE DON LEOPOLDO

TEXTO | Graciela Perrone

ILUSTRACIONES | IVANA CALAMITA



CAMPAÑA NACIONAL DE
PRESERVACIÓN DEL PATRIMONIO
DE LAS BIBLIOTECAS ESCOLARES

bnmpreservacion@educacion.gob.ar

BIBLIOTECA
NACIONAL
DE MAESTRO

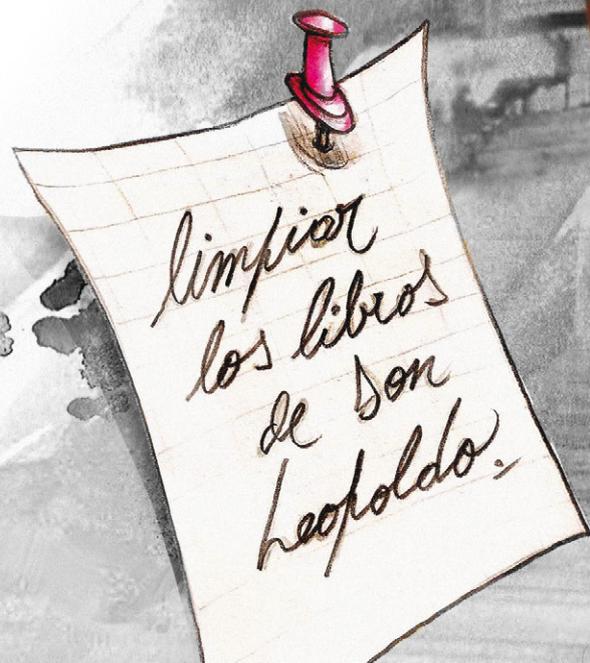




Las vacaciones de invierno estaban por comenzar. No había otros planes más que visitar a su abuela en Buenos Aires, quien le había prometido llevarla a cines, museos y teatros si la ayudaba en su oficina durante la tarde. Por si acaso, había empacado un delantal viejo y una vincha para sostenerse el cabello, parte del equipo necesario para la tarea encomendada. También un diario de viaje. Quería escribir historias sobre la gran ciudad.

Martina iba desde pequeña a la biblioteca en la que trabajaba su abuela, y conocía a la gente que también trabajaba allí. Le encantaba oler el perfume que emanaba de los estantes y recorrer con la mirada los lomos de tantos libros encuadernados en cueros raros, con filetes y guardas doradas, algunos con cintas sedosas que marcaban alguna página, otros tan diminutos que podrían haberse impreso para elfos y duendes.

El primer ritual era visitar la gran sala de lectura y descubrir los libros nuevos que habían llegado a los estantes abiertos en la sección donde descansaban los cuentos y novelas, que ella podía pedir prestados con su colorido carnet de socia. Los conocía de memoria, desde cuando tenía cuatro años y con ingenuidad pensaba que los libros se podían elegir y “alquilar” en la biblioteca como los videos y DVDs en un videoclub. Su segunda rutina era hacer una gran reverencia cuando pasaba por delante de un inmenso espejo de cristal que acompañaba la antesala de una oficina que su abuela llamaba, la biblioteca de Don Leopoldo.



Esa tarde estaba espesamente nublada y la habitación silenciosa. Las elevadas y oscuras bibliotecas de roble parecían traspasar el techo, solemnes, silenciosas, colmadas de esos libros antiguos, de cuero y pergamino a la espera de que alguien subiera las escaleras de madera y bronce para elegirlos. Las instrucciones de su tarea estaban escritas en una hoja de papel cuadriculado. Era una labor minuciosa, cuidadosa y lenta. Tenía que ayudar a su abuela a limpiar los libros de Don Leopoldo, colección que alguien alguna vez había donado a la biblioteca el siglo anterior.

Con delantal, pinceleta en mano y música en sus oídos, ingresó a la antesala e inclinó sus rodillas para realizar una reverencia ante el espejo, antes de pasar a la sala designada. Al levantar la vista, no encontró como siempre su imagen reflejada entre el marco finamente tallado. En cambio, divisó con nitidez la silueta de una frágil joven que daba vueltas





como un trompo y agitaba los brazos tratando de llamar su atención. Se refregó los ojos pensando que su mente fantasiosa de tanta lectura y de tantas historias que le contaba su abuela jugaba con su imaginación. Pero no, allí se encontraba la damisela otra vez, girando y apoyando sus manos por detrás del espejo, desde la profundidad del cristal.

Estaba por gritar y no gritó. Estaba por ponerse pálida y no se asustó. Abrió sus ojos más grandes, se acercó al espejo y descubrió que las palmas contra el vidrio estaban escritas con esmeradas letras, como las cartas que había visto en Internet

redactadas por los próceres. Leyó en una palma: ¡Liberame! y en la otra: ¡Buscá acá! Entonces puso sus propias manos sobre el espejo tratando de traspasar el cristal para tocarlas, pero éste comenzó a vibrar antes de que la visión se esfumara.

Martina entró rápidamente en la sala de Don Leopoldo, cerró la puerta con llave y se puso a trabajar. Las palabras escritas daban vuelta en su cabeza mientras sacaba el polvillo de los cantos de los libros y escuchaba su banda favorita por los auriculares de su pequeño aparato de música ¡Liberame! ¡Buscá acá! –¿Cómo y dónde buscar, por dónde empezar?

Un trueno hizo crujir las bibliotecas y la luz de un relámpago recorrió los lomos de los libros que estaban a su alrededor.

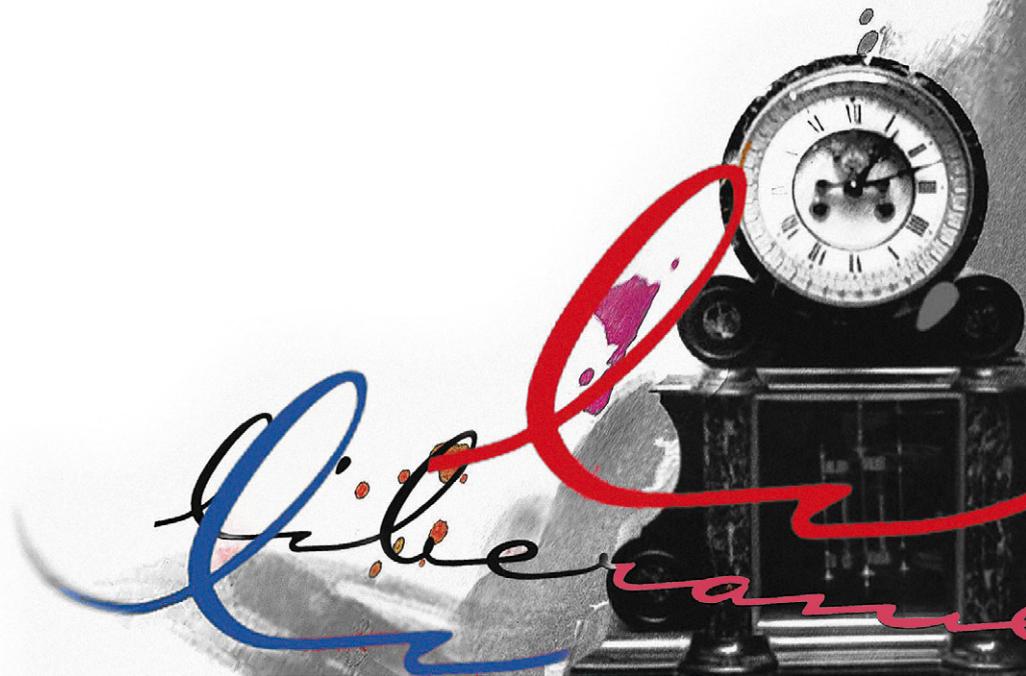
Los títulos quedaron iluminados y parte de sus sílabas titilaron como letreros luminosos de una gran ciudad. No dudó ni un segundo en comprender lo que sucedía. Esta era seguramente la señal. Se trepó con un salto a las escaleras donde no alcanzaba, y se acercó sigilosamente a los libros en los estantes menores, escribiendo una por una las sílabas centellantes sobre un anotador. Algunos de

los títulos estaban en francés, otros parecía que en latín, algunos tenían signos que nunca había visto. Mientras los copiaba azorada, el viejo reloj que estaba en las repisa dio dieciocho campanadas (anotó el número 18). La bombita de la antigua lámpara de bronce se apagó dos veces (anotó el número 2) y las trece tulipas de la araña se encendieron otras tres veces más (anotó $13 \times 3 - 1 = 38$, ya que una tulipa estaba quemada.) De pronto, todo volvió a la normalidad y las distintas luces quedaron subsumidas en la quietud de los libros.

Martina no durmió en toda esa noche. Había que descifrar una clave para ayudar a la triste joven del espejo a escapar. Las sílabas anotadas no tenían sentido, no concordaban, se repetían, algunas estaban al revés. Con esfuerzo y asociación consiguió armar palabras enteras. Así escribió: ángel, sombra, alabastro, hora, dorada, crepúsculo y jardín; también le pareció distinguir Scherezade, su personaje favorito de “Las mil y una noches”. Trató de armar una frase, como la fórmula mágica de Alí Babá, “Sésamo ábrete”, y escribió de corrido una oración en un trozo de cartón. Al lado puso los tres números calculados en la tormenta: 18-2-38, por las

dudas de que la combinación secreta perteneciera a una caja misteriosa que tuviera que abrir.

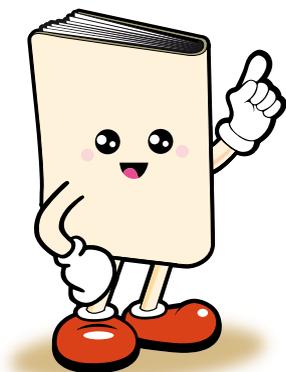
El espejo estaba encendido tenuemente en el fondo. La dama no estaba visible, pero las palabras de sus palmas estaban escritas en rojo, azul y negro sobre el espejo: ¡Libérame! ¡Buscá acá! Sacó el cartón rápidamente de la mochila e hizo su acostumbrada reverencia ante el cristal. Tragó saliva tres veces, y pronunció con voz firme y convencida la fórmula mágica que había pergeñado la noche anterior: “El ángel de la sombra te dará un alabastro en el jardín. En la hora dorada del crepúsculo, Scherezade te guiará”. Y agregó: “18-2-38”



Todo sucedió con vértigo y de una vez. El espejo abrió su vientre y la misteriosa joven lo traspasó, mostrándole sus palmas ya blancas y desiertas. Sobrevoló la habitación como si quisiera reconocer sus espacios y sus objetos, y se escapó envuelta en una nube de incienso y jazmines por la ventana abierta, perdiéndose entre las flores celestes de los jacarandaes de la vereda de enfrente, mientras caía la tarde y el crepúsculo la envolvía en su manto de olvido.

Sobre el espejo sin astillas, quedaban algunos símbolos difíciles de descifrar. Sentada sobre la alfombra miró evaporarse esos trazos, como las letras que se marcan con un dedo en un vidrio empañado por el calor. Se puso los guantes, se ató el cabello y comenzó a limpiar los libros de Don Leopoldo, lomo por lomo, canto por canto, tratando de encontrar en sus títulos las palabras que había escogido el día anterior.





**CAMPAÑA NACIONAL
DE PRESERVACIÓN
DEL PATRIMONIO DE
LAS BIBLIOTECAS
ESCOLARES**